

LA LITURGIA DE LA PALABRA

En la misa hay dos banquetes. El banquete de la Palabra, en la que Cristo mismo se nos ofrece como Maestro y el banquete del Pan, en el que el mismo Cristo se nos ofrece para ser nuestro alimento.

Jesús, a lo largo de su vida pública, proclamó la Palabra de Dios y esta Palabra se nos da en la Eucaristía.

La liturgia de la Palabra es como una montaña que sube hasta la cima. En la 1ª Lectura, se nos da Dios, pero incipientemente, se nos va mostrando con una pedagogía divina, pero poco a poco hasta el culmen que es el evangelio. 1ª Lectura, Salmos, 2ª Lectura, Aleluya y Evangelio.

La lectura del evangelio, siendo la cima, está cargada de veneración, que nos muestra lo importante que es. Signos de veneración cargados de simbolismo, donde se nos da el significado de lo invisible. El sacerdote, da un beso al evangelio, signo visible de lo invisible.

El evangelio es la vida de Jesús y el culmen de la revelación de Dios. S Juan de la Cruz lo decía, “se te ha dicho todo” Jesús, a través de su palabra, se nos da de tal manera y viene a nosotros que nos ponemos de pie. Antes, en las lecturas y el salmo, estamos sentados. Luego nos ponemos de pie, para recibir la presencia real de Cristo en su Palabra.

Aleluya, significa aleh j Yahvé: alabad al Señor. A veces el evangelio viene en procesión.

El estar de pie, es señal de dignidad, homo erectus, hombre digno. Con esa dignidad queremos recibir el evangelio. El estar de pie, es signo de escucha, de disponibilidad: Señor, aquí estoy para asemejar mi vida a tu Palabra, para que mi palabra sea tu Palabra.

El evangelio no lo lee cualquiera, lo lee un ministro ordenado, un ungido del Señor, se han ungido sus manos. De hecho, antes de proclamar el evangelio, el ministro de Dios, pide la bendición “el Señor esté en mis labios y mi corazón para que anuncie el evangelio dignamente” estas son lo que se llaman oraciones secretas que se rezan en la misa.

El sacerdote pide esta bendición a Dios, si estás solo, o se la pide a un superior: sacerdote-obispo, o diácono-sacerdote, para anunciar dignamente el evangelio.

Cuando nos pongamos de pie, hacer lo mismo, pedir a Dios la gracia de recibir dignamente su palabra.

Al pedir la bendición, estamos diciendo que viene algo grande. El Señor esté con vosotros y con tu espíritu, pedimos para que se nos abra el alma, el corazón, las dificultades de nuestra vida y entre con fuerza la palabra de Dios. No pongamos trabas, no midamos distancias, hagamos esto siempre en las relaciones humanas y en la relación con Dios.

El sacerdote hace la señal de la cruz sobre el evangelio y nosotros también, queriendo que la palabra de Dios entre en mi mente, mi inteligencia, queremos Cristificar nuestros pensamientos, que entre en nuestros labios y anunciemos el evangelio y también en el corazón para que Cristo entre en nuestros afectos, que me guste lo que a Dios le guste, que quiere lo que Él quiera, que goce con lo que Él goce.

Después de leer el evangelio, se dice “Gloria a ti Señor Jesús” esto quiere decir, que cuando se proclama el evangelio, es Dios mismo el que ha hablado, el Señor nos habla a través de su palabra.

Después el sacerdote presenta el evangelio, lo coge y lo eleva. Vemos una similitud como cuando se presenta la Sagrada Forma y el Cáliz, del mismo modo se presenta la Palabra de Dios. Esto significa, la Palabra que nos enseña, el Cuerpo que nos alimenta. Luego besa el evangelio como signo de veneración.

Tras leer el evangelio, el sacerdote dice otra oración secreta, “Per evangelica dicta, deleantur nostra delicta- por el evangelio que acabo de decir, sean borrados nuestros delitos”

Después de leer el evangelio y la homilía hay un silencio. En la Eucaristía, en las ofrendas, en la poscomunión, hay silencios y esto es una parte fundamental de la misa, porque nos ayuda a bajar al nivel interior, nos ayuda a interiorizar lo que estamos viendo, para que lo que está aconteciendo nos llegue lleno de significado. En los ratos de oración, el sacerdote recoge todas las plegarias y a través de Cristo, las lleva al Padre.

El silencio es fundamental para poder participar en la Eucaristía, cuando lo hacemos de verdad, no sólo silencio exterior, sino interior, ese silencio tiene la capacidad de asociarnos con la Eucaristía.

Hay una ley entre el Creador y la criatura por medio de la cual siempre que el Creador actúa en la criatura, esta acción de Dios tiene que estar acogida por el silencio de la criatura. Antes de la creación todo estaba en silencio y ese silencio se rompe con “y dijo Dios, hágase...”. En la encarnación, la tradición siempre ha presentado a María en silencio para acoger la Palabra. En la Resurrección, en el silencio del amanecer. Si vivimos con el ruido todo el rato, teniendo vértigo a parar y callar, no posibilitamos a Dios que actúe en nosotros, que modele la existencia de cada uno de nosotros.

Después viene la profesión de fe. Esto es la respuesta del hombre a Dios que se nos revela. Hay tres credos.

- El Constantinopolitano: el largo Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero...
- Apostólico: reúne los 12 artículos, las 12 verdades de fe.
- Diálogo: ¿Creéis en Dios? Si creo.

Cuando hacemos la profesión de fe, nos ponemos de pie para resaltar la firmeza, cada palabra del credo tiene una historia teológica, por el credo muchos han dado su vida, por defenderlo y proclamarlo, han dado su vida como mártires, pero también en estudio e investigación. Nosotros estamos llamados a dar vida al credo, a hacerlo vida, que nuestra vida se conforme al credo que procesamos.

Tras el credo, vienen las peticiones, aquí nos damos cuenta de nuestra fragilidad, nuestra debilidad y nuestra necesidad de Dios. Sigue un orden: necesidades de la Iglesia, gobernantes, necesitados y nuestra comunidad.